

un estado tal de desfallecimiento, que á pesar de la inflamacion de su herida, juzgó don Antonio conveniente que se le diese un poco de caldo intercalado con la medicina que él mismo le arregló.

No tardó en presentarse con una taza la jóven hermana de la Caridad... mas ¡ay! otro funesto incidente vino á dar un colorido mas horroroso á aquel cuadro desgarrador.

Apenas la hermosa jóven vió al herido, exhaló un grito incomprendible, soltó la taza de sus manos, y acometida de horribles convulsiones, cayó en los brazos de Rosa, que no sin gran dificultad, pero con el auxilio de Carolina y algunos mas, la llevó á otra estancia para asistirla, mientras María quedaba á la cabecera del lecho del herido, que en su estado de postracion no dió el menor indicio de haber reparado en tan extraño suceso.

Mas adelante sabrá el lector, si no lo adivinó ya, quién era la hermosa hermana de la Caridad á quien tanto afectó la presencia de Enrique mal herido, mas adelante veremos si serán suficientes los afanes de una madre cariñosa para salvar al hijo de sus entrañas; ahora tenemos que suspender la narracion de estos sucesos particulares, para proseguir la de la gloriosa revolucion que, como impelida por un impulso eléctrico, fué rápidamente secundada en varios puntos importantes de la Península.



CAPITULO XLV.

PRONUNCIAMIENTO EN ALCIRA.

Alcira, la liberal villa de Alcira, puede blasonar de haber sido la primera poblacion que respondió al grito de Vicálvaro.

Puesto al frente de los patriotas de este pueblo el ciudadano don Pedro Acebedo, al anochecer del 5 de julio, dió el grito de ¡ABAJO LOS POLACOS! ¡ABAJO CRISTINA! ¡ABAJO LOS OPRESORES DEL PUEBLO! ¡ABAJO LOS LADRONES DEL TESORO PÚBLICO! ¡VIVA LA MORALIDAD! ¡VIVA LA IGUALDAD! ¡VIVA LA LIBERTAD! ¡VIVA EL PUEBLO LIBRE! ¡VIVA EL PUEBLO SOBERANO!

Todos los moradores de Alcira repitieron con entusiasmo estas voces de salvacion, y armándose del mejor modo que pudieron, juraron romper el yugo que aherrojaba á la nacion española ó perecer con gloria en el combate.

Los sucesos de Alcira fueron de tal guisa desfigurados por las autoridades de Valencia, y posteriormente por las de Madrid, que los periódicos mercenarios, los que recibian degradante salario pa-

ra enaltecer la dominacion sartoriana, convirtieron en importantísima victoria para la polaquería, lo que habia sido una derrota completa de sus huestes.

Desgañitábanse los ciegos pregonando por las calles y plazas de la córte los partes que publicó la *Gaceta*, y en ellos se decia con audaz impostura que las tropas de la reina habian invadido la villa de Alcira entrando á viva fuerza en ella, arrollando á los insurrectos, dispersándoles, y persiguiéndoles después de haberse apoderado de los principales motores de la sublevacion.

Los polacos seguian la cínica costumbre de mentir descaradamente y convertir en triunfos todos sus descabros, conducta digna de los que bajo todos conceptos habian perdido todo sentimiento de decoro, de pudor y de vergüenza.

La noche del 5 se pasó en Alcira con una tranquilidad completa, únicamente interrumpida por la natural expansion del entusiasmo, por las demostraciones de general alegría, por los vítores á la libertad, y los cánticos del himno de Riego.

No hubo un solo desman, no hubo un solo insulto á los partidarios del execrable poder que esclavizaba á la nacion; si bien es verdad que era muy escaso el número de los tales en Alcira, y lejos de oponerse al levantamiento, parecióles mas prudente ponerse en salvo tomando la direccion de Valencia, ocultarse en algun escondrijo, ó permanecer inofensivos en sus guaridas.

Tan lejos estaba de la mente de los patriotas de Alcira incomodar en lo mas leve á sus contrarios políticos, que no habiendo querido tomar parte en la sublevacion el alcalde primero don Eduardo Solanich, manifestó deseos de abandonar la villa, y los mismos directores del alzamiento ordenaron que fuese escoltado hasta que no corriera el menor peligro.

Esta generosa conducta honra mucho á los gefes de aquella sublevacion, y es tan digna de los que defienden la justa causa, como punible y bochornosa fué la que observó en Valencia el ingrato Solanich, que una vez en salvo quiso merecer sin duda una sonrisa de benevolencia al gobierno, y le dió parte de los sucesos, pintándolos con repugnantes colores y atribuyéndolos á los mas *descamisados*, á la gente mas ruin, á la canalla mas despreciable de la poblacion, brindándose á servir personalmente de guia á la columna que fuese destinada para restablecer el órden en Alcira.

De esta manera agradeció el alcalde polaco la generosidad con que los gefes de la insurreccion, le habian probado que eran nobles caballeros los que él calificaba de canalla despreciable.

El día 6 fué nombrado por aclamacion el señor Acebedo gobernador de Alcira y su partido; y supo corresponder á la confianza de los sublevados dictando sábias providencias que reclamaba imperiosamente lo crítico de las circunstancias, como el bando para que se le presentasen toda clase de armas, y el reclutamiento de gente dando ocho reales por plaza.

Organizáronse en breves horas cinco compañías, y se dió el mando de ellas á don Manuel Sanchiz, á don Francisco y don Antonio Just, á don Manuel Rocamora y á don José Solanich.

Contábase además con tres partidas destinadas á recorrer los pueblos inmediatos bajo el mando de don N. Lledó y don Salvador y don Juan Bort.

De todas estas fuerzas era comandante don José Plaza, y ayudante don Juan Bautista Gallard.

No tardaron los insurrectos en saber que salia de Valencia una division para atacarles, y lejos de intimidarles semejante noticia enardeció su deseo de batirse por la santa causa de la libertad.

El día 7 á las cuatro de la tarde se reunieron todas las fuerzas de los insurrectos al toque de generala, y fueron distribuidas por los puntos mas importantes, á saber:

La primera compañía ocupó el puente de San Agustín destacando la mitad de su gente á las órdenes del teniente don Francisco Nejer hácia el Saque de la Madera de Alcon.

La segunda y tercera situáronse en el Sequero del Molino de la Villa.

La cuarta en el puente de San Gregorio.

La quinta en la torre y muralla del ex-convento de Capuchinas.

Las tres partidas restantes guarnecieron la línea de la muralla.

La hora de prueba se aproximaba.

El brigadier Enrique Edinger, á la cabeza de una columna de carabineros, guardias civiles, algunos caballos y varias piezas de artillería acababa de presentarse á un tiro de cañon de la villa, y esta fué la causa del toque de generala, y de la distribución de las fuerzas sublevadas en los términos que acabamos de referir; pero mientras esta distribución se llevaba á efecto, 140 guardias civiles invadieron repentinamente el arrabal acaudillados por el capitán don Inocencio Ramos, que se habia propuesto sorprender la guardia del puente.

Los centinelas de la plaza de San Agustín, después de oponer á los invasores una resistencia heroica, se retiraron al cuerpo de guardia y cerraron las puertas del puente, burlando así los deseos del enemigo, y haciendo fracasar sus planes.

Con todo, los guardias civiles pudieron ocupar las casas inmediatas y estaban así en posición ventajosísima para hostilizar á los insurrectos y abrirse paso.

A medida que el peligro arreciaba, se agigantaba el entusiasmo

de los libres, á quienes difícilmente pudo contener toda la energía que desplegaron sus gefes para que no rompieran el fuego, hasta saber las pretensiones del brigadier que mandaba las fuerzas sitiadoras; pero este gefe, sin que mediase parlamento alguno, inició las hostilidades con un disparo de cañon, creyendo acaso que de este modo lograria amilanar á los insurrectos.

Engañóse solemnemente, pues el bélico estampido fué la señal de la lucha que los sitiados ansiaban, y prorrumpiendo en vítores á la libertad y al pueblo soberano, rompieron el fuego asaz nutrido, que ocasionó grandes pérdidas á los contrarios.

Tambien los sitiados las tuvieron muy sensibles, y una de las primeras víctimas fué un apreciable liberal, á quien una bala de cañon cercenó la cabeza, que al estrellarse contra la tapia de un molino salpicó de sangre al hijo de don Pedro Acebedo.

Otros muchos fueron mas ó menos gravemente heridos; pero esto, muy lejos de apagar su entusiasmo le acrecentaba en términos, que los que recibian leves heridas, no por ellas abandonaban su puesto, y aquellos á quienes sus compañeros mandaban retirar, daban prisa á los encargados de su curación con el ardiente deseo de volver nuevamente al combate para ocupar en él su puesto de honor y de peligro.

El patriota Acebedo, como gobernador nombrado por los sublevados, recorría en compañía de su ayudante Gallard y otros individuos no menos intrépidos, toda la línea de la muralla, deteniéndose en los puntos de mayor peligro y animando con su presencia y sus sentidas arengas, á sus valientes camaradas.

Era tan certero el fuego de los sitiados, que pocas horas bastaron para causar á los sitiadores varios muertos y mas de treinta heridos, por manera que entró en ellos el desaliento, y después de

haberse disparado unos sesenta cañonazos contra la villa, dispuso el brigadier Edinger retirarse.

Aquello, sin embargo, no fué una retirada, fué una vergonzosa fuga en la que se abandonó á la Guardia civil comprometida en las casas del puente.

Tal fué el terror pánico que se habia apoderado de los sitiadores, que abandonaban las municiones en su precipitada huida, representando una escena ridícula muy semejante á la que tanta celebridad dió posteriormente en la puerta de Alcalá de Madrid al conde de aquella famosa lanza, á la cual debe el sobrenombre de Longinos.

El puente de San Agustin no contaba mas que con nueve ciudadanos para su defensa bajo las órdenes del intrépido cabo Ramon Bru, por haber sido preciso que se trasladase á otro punto con el resto de la fuerza el capitan que la mandaba.

Ignorando los civiles la retirada del brigadier, que se habia verificado á las siete y media de la tarde, siguieron hasta las nueve haciendo vivísimo fuego, que después se prolongó á intervalos hasta poco antes de media noche.

Entretanto no cesaba Acebedo de tomar las necesarias precauciones para lo sucesivo y dictar aquellas medidas salvadoras que lo crítico de las circunstancias exigia; pero conociendo que no secundando el resto de España instantáneamente el alzamiento inaugurado en Vicálvaro, la permanencia de los sublevados en Alcira era de todo punto imposible, porque la victoria que acababan de alcanzar no era para repetida atendiendo á las escasas fuerzas de los sublevados, á su pésimo armamento y absoluta carencia de provisiones, mayormente si, como era probable, salian de Valencia columnas mas numerosas que la que acababa de ser vencida.

Aconsejado, además, por una comision de los vecinos, que pintó al arrojado Acebedo los conflictos que amenazaban á la poblacion en el caso de ser invadida á viva fuerza, accedió dócilmente á los deseos de la comision evacuando la villa con las fuerzas sublevadas.

La misma comision de los vecinos se apresuró á participar á los civiles la salida de los rebeldes; y aun así no se atrevian á entrar en la villa temerosos de algun engaño.

A las dos de la madrugada entró por fin la Guardia civil en Alcira, y su comandante se apresuró á dar parte de este suceso á Edinger que á la sazón estaba en Algamasi.

Entonces fué cuando la columna vencida tomó el aire de vencedora é hizo una solemne entrada triunfal en Alcira.

Hé aquí la gran victoria que alcanzó la polaquería, y que la *Gaceta*, el *Heraldo* y otros papeles mercenarios relataron con ampulosos artículos, y celebraron con himnos de admiracion, llenos de poéticas alabanzas á sus patronos.

Vale mas ser mozo de café que poeta ridículo, ha dicho Moratin; nosotros añadiremos: vale mas ser pordiosero, que escritor asalariado para adular á cuatro aventureros miserables.